

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LEONELO.....	SRA. ARANA.
CELIA.....	SRTA. PÉREZ.
DOROTEA.....	> GONZÁLEZ (N.).
EL SEÑOR LEONATO...	SR. GONZÁLEZ (V.).
MAESE SEMPRONIO...	> MONCAYO.
BARTOLO.....	> GONZÁLEZ (A.).
RINALDO.....	} > RUFART.
EL DEL PRÓLOGO.....	
LUCAS.....	> CABA.

MUJERES Y CAZADORES.

En Italia. — Siglo xv.

LA COPA ENCANTADA

ACTO ÚNICO

Patio de un castillo con vistas a un bosque.

PRÓLOGO

(Recitado por uno de los personajes.)

Es un cuento zumbón de magia y burlería
de cuando un arte a todo sonreía;
cuando no eran las musas plañideras ni graves,
y músicas y versos con acentos suaves,
eran canción y danza en bulliciosa fiesta;
y al pasar por las almas, como por la floresta,
el hada Primavera, sus pasos eran rosas,
y en torno a sus cabellos nimbo de mariposas.
Arrogante la vida despreciaba a la muerte,
que si por fin triunfaba no era por ser más fuerte,
el dolor era rudo y mataba o moría,
no era esa flor de otoño de la melancolía
que en las almas modernas los impulsos destruye
y en vanos pensamientos las acciones diluye.
Cuando guerras y pestes asolaban ciudades,
los cuentos de Boccaccio eran amenidades
de una corte de Amor, que al aire inficionado
daba por desafío su reír desvergonzado.

De aquella edad alegre fué este cuento alegría,
amor le tocó apenas de dulce poesía;
olvidad al oírlo que de entonces ahora,
la humanidad, más sabia, tiene locomotora,
teléfono, fonógrafo, microbios, cosas prácticas,
y hoy deben ser las artes más que nada didác-

[ticas,

y lo que sólo es bello se desprecia por fútil.
Hoy la Venus de Milo es una cosa inútil,
porque nada nos prueba la divina escultura
y' hasta le faltan brazos para la agricultura.
Yo poseo una copia y dice mi criada
que una mujer sin brazos no sirve para nada.
Yo, por utilizarla del modo más decente,
mandé que le pusieran una luz en la frente,
y con otra igual copia hizo más un amigo,
que le fijó un precioso reloj en el ombligo.
¡Bien haya quien del arte utilidad recoja;
siempre un reló es más práctico que la clásica

[hoja!

Perdonad, pues, al cuento si tiene poca ciencia;
no conviene a diario cansar la inteligencia.
Es un cuento zumbón de magia y burlería
de cuando un arte amable a todo sonreía.
Falta el mayor encanto a la copa encantada:
los versos del poeta por quien fué cincelada.
Mágico de la rima con arte poderoso
al amor y a la vida brindó en ella glorioso,
y en ella de sus versos vertió el más dulce mosto
en la divina Italia el divino Ariosto.

ESCENA I

El SEÑOR LEONATO y CAZADORES, que han salido
por la derecha; detrás de ellos, campesinos conduciendo
las reses muertas.

Música.

CORO

Por selvas y monte,
por llanos y riscos,
salvando y cruzando
torrentes y ríos,
las trompas despiertan
con aire guerrero
las voces dormidas
del monte en los ecos.
Con recios ladridos
la suelta jauría
del bruto acosado
persigue la pista.

Y ni los bravos jabalíes,
y ni los gamos ni los ciervos
nos asustan con sus colmillos,
ni nos espantan con sus cuernos.

¡Linda batida!

¡linda caza!

¡No perdimos la jornada!

LEONATO

Imagen de la guerra
y noble ocupación
de reyes y señores

la caza se llamó;
 en ella se adquiere
 destreza y vigor,
 y de recuerdos tristes
 alivia el corazón.

Hubo un tiempo ya lejano,
 ¡ay!, ¡el tiempo cómo pasa!
 Un amor era mi vida,
 ¡ay!, ¡el amor cómo engaña!
 El amor acaba pronto,
 ¡ay!, ¡la vida no se acaba!

CORO

No recuerdes lo pasado,
 que no en vano el tiempo pasa.
 Si un amor era tu vida,
 sabes ya que amor engaña.
 Si el amor acaba pronto,
 la vida tampoco es larga.

¡Bebe, pues, con nosotros;
 bebe y olvida!

LEONATO

Sabéis que nunca bebo,
 desde que un día
 en la copa encantada
 bebí por mi desdicha.

CORO

Copa encantada,
 copa maldita,
 por ella perdiste
 salud y alegría.

De un mágico hechicero
 fué don fatal,
 y de malignas artes
 don infernal.
 ¡Copa encantada,
 copa maldita,
 por ella perdiste
 salud y alegría!

ESCENA II

DICHOS y MAESE SEMPRONIO, por la izquierda.

Hablado.

SEMPRONIO

Salud al señor Leonato, mi noble dueño.

LEONATO

Salud al ilustre maese Sempronio.

SEMPRONIO

No hay que preguntar si la cacería fué buena.

LEONATO

Ya lo veis. Repartidlo todo como es costumbre,
 y retiraos y descansad. (*Salen los cazadores por
 la izquierda.*) Nunca quieres acompañarme.

SEMPRONIO

Mi pobre cuerpo no está para esos ajetreos. Yo
 no entiendo más que de una caza, a la espera;
 pero mi puesto es el sillón de vuestro comedor.

Allí disfruto yo de la caza lo increíble. Y que vuestro cocinero sabe aderezarla de un modo... Ya sabéis que de los siete pecados capitales, el único que me coge de medio a medio es la gula...

LEONATO

Y la pereza.

SEMPRONIO

A consecuencia de la gula, después de comer me entra una modorra...

LEONATO

Y algún otro que calláis, maese Sempronio.

SEMPRONIO

¿Qué queréis? Cuando se ha comido fuerte...

LEONATO

Ya sé de vuestras escapadas al lugar; ya me han dicho que os han visto allí alegremente, rodeado de diez o doce muchachas del pueblo.

SEMPRONIO

No hagáis caso de murmuraciones; ¡diez o doce! ¡No debe creerse la mitad de lo que dice la gente!

LEONATO

La mitad son seis o cinco. En fin, mientras sea lejos de aquí...; aunque ya sabéis mi odio por las mujeres.

SEMPRONIO

Consecuencia de vuestro gran amor por ellas.

LEONATO

Por eso las conozco, las conozco, y no volveré a padecer por sus engaños ni por sus traiciones.

SEMPRONIO

¡Cuidado que fuisteis siempre desgraciado en amor!

LEONATO

Todos los hombres lo serían si todos supieran la verdad como yo. Los únicos felices son los engañados.

SEMPRONIO

Vos lo decís, los felices. También pudisteis serlo. Confesad que el brujo, encantador o demonio que os regaló su copa encantada, no os quería bien. ¿Qué es la vida sin ilusiones?

LEONATO

Yo quiero la verdad siempre, la verdad sobre todo.

SEMPRONIO

¿Y quién os dice que esa copa no sea una ilusión más?

LEONATO

No, no lo es. El sabio encantador que me hizo presente de esa copa era un hombre incapaz de mentir. Esa copa no engaña nunca. El marido que al beber en ella siente temblar su mano y deja verter el licor que contiene, es porque su mujer le engaña; ni una sola vez ha dejado de

probarse la verdad del encanto. Cuantos han bebido en ella y han temblado, no han tardado en averiguar que su mujer les engañaba.

SEMPRONIO

¡Claro está, ya puestos sobre aviso! Metiéndose en averiguaciones, creed que, con copa o sin copa, a casi todos los maridos les sucedería lo mismo. Lo cierto es que con vuestra copa tenéis a las mujeres soliviantadas; de suerte que si eayerais en sus manos...

LEONATO

Eso prueba que son culpables. Si fueran inocentes, no tendrían por qué temer. Pero no me arredran sus amenazas. Por todas partes hice publicar la virtud de la copa encantada, y que en mi castillo hallarán siempre cordial acogida cuantos acudan a consultarla. Son muchos los que vienen hasta de muy lejanas tierras.

SEMPRONIO

¡También es humor emprender un viaje para saber una cosa así! Además, si el viaje es largo, ¡pobrecitas mujeres! Alguna habrá que al partir su marido no daría lugar a que se vertiera una sola gota de la copita, y al cabo del viaje como si hubiera terremoto. Creedlo, estoy de parte de las mujeres. Esa copa sólo puede causar perturbaciones en las familias.

LEONATO

Si fuerais casado no pensaríais así; agradeceríais a esa copa la verdad, que os libraría del

ridículo papel de marido engañado. ¿Habéis visto nada más ridículo que un marido engañado?

SEMPRONIO

Eso es como todo. Hay algunos que lo sobre-llevan con tanta dignidad, con tanta grandeza, que no pueden por menos de inspirar respeto...

LEONATO

Pero, ¿no veis?... ¡Qué atrevimiento! ¡Dadme la ballesta, pronto! Las mataré como a bestias dañinas.

SEMPRONIO

¿Qué os alarma?

LEONATO

¿Mujeres en el bosque? ¿Cómo se han descuidado los guardias? Haré un escarmiento.

SEMPRONIO

Ya se alejan. Serán forasteras. Habrán entrado en el bosque a coger madroños o hierbas medicinales. Las mujeres de estos contornos ya saben que les está prohibida la entrada.

LEONATO

¿Una mujer aquí? ¡Por mí no! Yo las odio tanto que no las temo; pero mi hijo, mi Leonelo, el único amor de mi vida..., no verá una mujer hasta que llegue a edad en que la razón pueda defenderle de sus asechanzas. Hasta entonces no saldrá de aquí ni sabrá de mujer alguna.

SEMPRONIO

¡Ah, señor Leonato! En eso sí que no dais pruebas de cordura. Y así tengáis apartado del mundo a vuestro hijo hasta los cincuenta años, a esa edad empezará a vivir, y a esa edad hará las locuras que le hayáis evitado ahora.

LEONATO

Siempre será esos años de ventaja. Si yo no hubiera hecho locuras hasta los cincuenta años...

SEMPRONIO

Empezaríais por no tener ese hijo que tanto os preocupa.

LEONATO

¿Y qué me decís? ¿Adelanta mucho en sus estudios?

SEMPRONIO

¡Oh! El Griego, el Latín, la Retórica, la Filosofía moral, la Historia, no tienen secretos para él. Vuestro hijo será un sabio, tan sabio como yo, sin modestia.

LEONATO

¿Supongo que seguiréis en todo mis instrucciones?

SEMPRONIO

Estoy seguro de corresponder a vuestra confianza. Cuantas lecturas pongo en sus manos, son todas para abominar del amor y de las mujeres. Vuestro hijo a estas horas cree que la mujer es

una fiera espantable, un monstruo, la bestia del Apocalipsis...

LEONATO

Es mujer y eso basta. Mientras yo viva, mi hijo no será víctima de sus engaños. Os dejo con vuestra lectura. Me retiro a descansar; la caza me ha fatigado. ¿Y Leonelo?

SEMPRONIO

Duerme también su siestecilla. Después pasearemos por el bosque departiendo siempre de la maldad de ese sexo traidor, abominable...

LEONATO

Hasta muy pronto, maese Sempronio.

SEMPRONIO

Hasta muy pronto, noble señor Leonato. (*Leonato se va por la izquierda.*)

ESCENA III

MAESE SEMPRONIO

¡Si supiera...! ¡Suerte fiera nos espera!
De una almena del castillo
me colgara si supiera...
¡Todo por ese chiquillo!
¡Pero si al chico disgusto
y me pone el ceño adusto,
pronto, con cualquier pretexto
me haría dejar mi puesto!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

¡Y estoy aquí tan a gusto!...
 ¡Tiene sus dificultades
 servir a dos voluntades!
 Y aunque a servirles me aplico,
 ¿cómo no ponerme a malas
 con el viejo o con el chico?
 Cuando el uno ya hincó el pico,
 despliega el otro las alas.
 El viejo al muchacho encierra,
 puertas y ventanas cierra,
 y es inútil precaución,
 que no defienden cerrojos
 las ventanas de los ojos,
 las puertas del corazón.

ESCENA IV

MAESE SEMPRONIO y DOROTEA, por la derecha.

DOROTEA

¡Maese Sempronio! ¡Maese Sempronio!

SEMPRONIO

¡Desdichada! ¿Cómo os atrevéis a llegar hasta aquí? ¡Si el señor Leonato se entera...!

DOROTEA

No me da cuidado el señor Leonato. Deseando estoy echármele a la cara. Yo, y todas las mujeres del lugar, y si supieran las mañas de este brujo maldito, todas las mujeres del mundo. ¡Habrás visto! No hay un matrimonio bien avenido desde que el señor Leonato dió en embaucar a

los maridos con su copa. Porque él haya sido desgraciado en sus dos matrimonios... Sus mujeres tendrían mucha razón para pegársela. Os aseguro que si yo fuera su mujer...

SEMPRONIO

No os costaría mucho trabajo, rozagante Dorotea, porque la verdad es que sois apetitosa. ¿Vuestro marido no ha bebido nunca en la copa encantada?

DOROTEA

¡Cómo! ¿Mi Bartolo? ¡Pobre de él el día que se atreviese! ¡Le sacaré los ojos!

SEMPRONIO

¿Tanto miedo tenéis?

DOROTEA

Por mí..., por mí puede beber cuando quiera; ¡pero sólo la falta de confianza...! Vamos, creed que entonces sería cuando me decidiera a enganarle.

SEMPRONIO

¿Sí? Pues haré lo posible por animarle.

DOROTEA

Dejaos de burlas. El asunto que me trae es muy serio.

SEMPRONIO

¿Algún mensaje de Celia?

DOROTEA

¡Ay! ¡Esa criatura me vuelve loca! No vive ni sosiega porque hace dos días no ve a su Leonelo.

SEMPRONIO

Su Leonelo no puede burlar la vigilancia de su padre... ni la mía.

DOROTEA

¿La vuestra?

SEMPRONIO

¿No veis que no puedo darme por entendido de sus escapatorias? ¡Pobre de mí si su padre supiera que yo protegía esos amores!

DOROTEA

¿Pero el señor Leonato pensaba que su hijo no había de enamorarse nunca? Lástima que el muchacho sea tan lindo, tan bueno. De ser otro, me alegraría de que alguna hembra le engañara. Por fortuna para él, mi Celia es un ángel del cielo, no porque yo la haya criado...; pero muchacha más inocente... Los niños recién nacidos tienen más malicia.

SEMPRONIO

Pues tanta inocencia es peligrosa. Y vos, Dorotea, en calidad de mujer experimentada, debéis advertirla lo peligrosos que son esos paseos por el bosque, porque aunque Leonelo es también otro recién nacido... Pueden ser ya demasiados niños...

DOROTEA

¿Creéis que yo los pierdo nunca de vista?

SEMPRONIO

¡Ay! ¡Quién pudiera acompañaros en esa vigilancia! Porque también sola debéis aburrirlos.

DOROTEA

Llevo siempre mi cestito de costura.

SEMPRONIO

El cestito no es mala precaución.

DOROTEA

A todo esto, ¿cuándo podrá Leonelo venir hasta los linderos del bosque?

SEMPRONIO

¡Quién sabe! Su padre ha vuelto hoy de caza y por unos días le tendremos aquí hecho un Argos. No es posible escurrirse.

DOROTEA

Pues mi Celia está tan desatinada, que si él no va a verla, está decidida a venir hasta aquí, suceda lo que suceda.

SEMPRONIO

¡La niña inocente! Pues aconsejadla que se reprima, porque tendríamos un grave disgusto.

DOROTEA

¡Cualquiera contiene a una joven enamorada!

SEMPRONIO

Emplead toda vuestra autoridad.

DOROTEA

¡Ay! Yo para cosas de amor no tengo ninguna. Cuando yo era joven y me enamoraba era capaz de todo. Yo no comprendo que el amor se detenga por nada.

SEMPRONIO

Entonces, si yo os dijera que os amaba...

DOROTEA

¿Qué decís?

SEMPRONIO

(Abrazándola.) Que os amo y que no me contengo.

DOROTEA

¡Cómo os aprovecháis de que no está aquí mi marido!

SEMPRONIO

(Volviendo a abrazarla.) ¡Naturalmente!

DOROTEA

Y de que no puedo gritar por estar en este sitio.

SEMPRONIO

(Ídem.) ¡Naturalmente!

DOROTEA

¡Y de que sois el ayo de Leonelo!

SEMPRONIO

(Ídem.) ¡El ayo!...

ESCENA V

DICHOS y LEONELO, por la izquierda.

SEMPRONIO

¡Ah! ¡Qué susto me habéis dado! Creí que era vuestro padre.

LEONELO

¡Dorotea! ¿Qué hay? ¿Y mi Celia? ¿Vienes de su parte? ¿Traes carta suya? ¿Siente mi ausencia? ¿Te habla de mí?...

DOROTEA

¡Lo mismito, lo mismito que ella! ¡Un tropel de preguntas! ¿Le viste? ¿Qué te dijo? ¿Traes carta? ¿Vendrá pronto?... ¡Ay, amor, amor!...

LEONELO

Contesta pronto.

DOROTEA

Celia muere de impaciencia por veros; si esta tarde no acudís al sitio de costumbre, no respondiendo de que ella no se presente aquí.

LEONELO

No, yo iré; iré en seguida. Corre; dile que me espere...

DOROTEA

Voy, voy... ¿En seguida decís!

LEONELO

En seguida. Mi padre duerme. Corre, o llegaré antes que tú...

DOROTEA

Voy, voy... Maese Sempronio, no olvidaré nunca vuestra indigna conducta.

SEMPRONIO

¿Eh?...

DOROTEA

¡Si no llega a tiempo Leonelo, quién sabe de lo que hubierais sido capaz! ¡Sois muy temible, maese Sempronio! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI

LEONELO y MAESE SEMPRONIO

LEONELO

¿Qué te decía Dorotea?

SEMPRONIO

¡Son asuntos particulares nuestros! ¡Ay, qué frescota y qué alimenticia es esta Dorotea! Digna nodriza de vuestra hermosa Celia. ¡Celestial nodriza como la cabra Amaltea!

LEONELO

Dejaos ahora de mitologías. Ved si mi padre duerme, apostad quien pueda avisarnos cuando

despierte, y corramos adonde mi Celia me espera; mi vida, mi alma...

SEMPRONIO

¡Eh, poco a poco! La bondad tiene su límite. Yo no puedo hacer traición a vuestro padre, que me paga, que me regala, que me considera por atender a vuestra educación, a vuestra guarda. Hoy no saldréis de aquí; os encerraréis y estudiaréis...

LEONELO

¿Qué decís? ¡Miserable! ¿No me dejáis? Pues seré yo quien lo descubra todo a mi padre; le diré que vuestra ha sido la culpa; le diré...

SEMPRONIO

No le diréis nada, porque sabéis que si a mí me costaría salir de esta casa y perder esta que sería sosegada prebenda, sin vuestros caprichos de mozuelo, a vos os costaría una encerrona de muchos años. Conque, atreveos a decir una palabra... En cambio, si yo le advirtiera...

LEONELO

No, no haréis eso. Sois muy bueno, sabéis lo que es amor..., habéis sido joven... Además, sabéis que algún día concluirá esta sujeción y tiranía de mi padre, y entonces yo podré colmaros de regalos, seréis feliz, poderoso...

SEMPRONIO

¡Ay, vuestro padre está cada día más fuerte, no le parte un rayo!

TOMO XV.

LEONELO

¿Qué decís? No deseo yo tampoco su muerte. Deseo ser yo el que llegue a una edad en que mi padre ya no pueda oprimirme de este modo. ¿Conque seréis bueno, maese Sempronio? ¿Me dejaréis en libertad? Una hora..., unos instantes..., yo volveré pronto... ¡Amor me dará sus alas!...

SEMPRONIO

No, el que os da alas soy yo...

LEONELO

Sois muy bueno, ¿verdad?

SEMPRONIO

¡Qué terrible colisión de deberes! ¡Mi lealtad, el deber!... ¡El cariño!... ¡El padre..., el hijo!... Pues bien, no...

LEONELO

¿Eh?

SEMPRONIO

¡No! ¡No saldréis de aquí! ¡Mi deber es antes que todo! Vuestro padre tiene mucha razón, y no es cosa de que vuestras chiquilladas nos pierdan a todos.

LEONELO

¿Qué decís?

SEMPRONIO

¡Se acabó! ¡Aquí conmigo, o aviso a vuestro padre! Traed acá ese libro; a estudiar...

LEONELO

Está bien... ¡Mi Celia!... ¡Sois tan terco como mi padre! Yo me vengaré...

SEMPRONIO

¿Amenazas? ¡Pobrecillo! Pero no, no; su padre puede despertarse de un momento a otro...) ¡A estudiar!

LEONELO

¡Pues no, no y no! (*Destrozando el libro.*) Ahí tenéis vuestro latín; ahí tenéis vuestro libro... Me tendréis aquí, pero no me haréis estudiar. ¡No, no y no!

SEMPRONIO

¡Pero Leonelo...!

Música.

LEONELO

¡No más latín, no más libros!
 ¡Quiero vivir, quiero amar!
 No hay libro como unos ojos
 donde aprenda el hombre
 lo que en muchos libros no aprendió jamás.
 Es el mundo un libro abierto
 y todo en él me enseñó
 que es vivir toda la ciencia
 y la vida es el amor.
 ¡Ay quién me diera de amor las alas
 para volar!

¡Donde está el amor mío, donde está mi alma,
quiero yo estar!
Pero aquí, prisionero,
sólo puedo llorar
sin amor y sin vida
¡mi libertad!

SEMPRONIO

No soy misógino, ni soy tiránico,
ni encuentro impúdico
vuestro amor cándido.
Mas vuestro padre os quiere incólume
y vuestro padre me causa pánico.
Yo admiro y siento todo lo erótico,
pero se trata de mi bucólica,
y es el estómago un receptáculo
que al más benévolo le hace ser rígido
y al más intrépido le hace ser cauto.

LEONELO

¡Ay quién me diera de amor las alas
para volar!
¡Donde está el pensamiento, donde está mi vida,
quiero yo estar!

ESCENA VII

DICHOS y CELIA

CELIA

(Dentro.) ¿Por el bosque sola
dónde va la niña?

Por el bosque adelante
busco mi vida.

LEONELO

¡Esa voz! ¡Es mi Celia!
¡Mi Celia! ¡Celia mía

SEMPRONIO

¡Sabéis que la muchacha
es atrevida!
Buscando a su amante,
sola por el bosque,
sin miedo a los lobos
ni a los cazadores.

LEONELO

¿Dónde va mi Celia?,
responde a mi voz.

CELIA

Sola por el bosque
buscando a mi amor.
(Entra Celia en traje de hombre.)

LEONELO

¡Mi Celia!

CELIA

¡Leonelo!

LEONELO

¡Tú en ese traje!

CELIA

Para venir a verte
fué fuerza disfrazarme.
Tu padre no consiente
por aquí faldas.
De este modo se burla
su vigilancia.

LEONELO

Y ahora puedo abrazarte.
¡Eres un hombre!

SEMPRONIO

¡Ya empezó por ponerse
los pantalones!

CELIA

¡No te acerques, que este traje
me hace estar más ruborosa!...
¡Qué vergüenza, qué vergüenza!...

SEMPRONIO

(¡Si no fuera vergonzosa...!)

LEONELO

No te escondas, no te alejes,
que sólo a tus ojos miro,
que me dicen que me quieres
y es muy grande tu cariño.

CELIA

Mírame sólo a la cara,
mírame sólo a los ojos,

que en ellos verás mi alma
y sabrás cómo te adoro.

SEMPRONIO

Todo rosas es la cara
y los ojos candelillas,
pero yo con disimulo
me atengo a las pantorrillas.

CELIA

Mírame, mírame,
pero más no te acerques.

LEONELO

Déjame, déjame,
que en mis brazos te estreche.

CELIA

¿Qué dirá, qué dirá
tu maestro, que mira?...

SEMPRONIO

Pues que es esa lección
la mejor aprendida.

LEONELO

Deja que así palpiten
en uno solo dos corazones.

CELIA

Suéltame, suéltame,
suéltame y no me enojés.

SEMPRONIO

Mírala, mírala, mírala y no la toques...